

NO HAY ALTERNATIVAS (OTRO CAPITALISMO ES IMPOSIBLE)

Manuel Muñoz Navarrete



Del mismo modo que el orden legal para la burguesía no es más que una expresión de su violencia, para el proletariado la lucha parlamentaria no puede ser más que la tendencia a llevar su propia violencia al poder. Si detrás de nuestra actividad legal y parlamentaria no está la violencia de la clase obrera, siempre dispuesta a entrar en acción en el momento oportuno, la acción parlamentaria de la socialdemocracia se convierte en un pasatiempo tan espiritual como extraer agua con una espumadera. Los amantes del realismo, que subrayan los “positivos éxitos” de la actividad parlamentaria de la socialdemocracia para utilizarlos como argumentos contra la necesidad y la utilidad de la violencia en la lucha obrera, no notan que esos éxitos, por más ínfimos que sean, sólo pueden ser considerados como los productos del efecto invisible y latente de la violencia.

Rosa Luxemburgo

45

I. INTRODUCCIÓN

En el contexto político abierto tras el 15M, determinados intelectuales están tratando de rizar el rizo resucitando la socialdemocracia keynesiana en el Estado español. En este trabajo pondremos en cuestión los presupuestos de la ideología reformista o socialdemócrata, que ejemplificaremos particularmente con los libros *Hay alternativas* y *Lo que España necesita*, escritos por los profesores Vicenç Navarro y Juan Torres, junto al diputado de Izquierda Unida Alberto Garzón.

Estamos persuadidos de que, teniendo en cuenta los rasgos del capitalismo actual, el proyecto propuesto por los autores es una utopía irrealizable y, además, reaccionaria. Su carácter reaccionario proviene del hecho de que las concesiones negociadas por la socialdemocracia en las metrópolis no pueden desligarse de la sobreexplotación de la periferia. Su carácter utópico, del hecho de que, en un capitalismo globalizado como el actual, ninguna burguesía nacional podría, aunque quisiera, llevar a cabo semejantes políticas.

Por más que insista este singular trío, la realidad es que *no hay alternativas...* a menos que rompamos con el sistema capitalista, es decir, a menos que abolamos la propiedad privada de los medios de producción social,

como base para iniciar un proceso sociocultural que revolucione la división social del trabajo, así como las formas de producción, distribución, intercambio y consumo, en la perspectiva de construir un ser humano nuevo. Comencemos, pues, por el principio.

II. EL ESTADO DEL BIENESTAR COMO UTOPIA REACCIONARIA

1. El Welfare State como mérito robado

Aunque a algunos marxistas les guste desenfundar citas descontextualizadas, el pensamiento marxista es eminentemente dialéctico, al insertarse en un contexto continuamente cambiante. Es decir que, dentro del análisis marxista, lo que ayer era cierto hoy bien puede no serlo, pues, incluso si la frase textual no cambia, la realidad en la que se inscribe sí está en evolución permanente.

Por eso podemos decir, sin el menor complejo, lo siguiente: aunque ayer fuera posible la existencia del llamado *Welfare State* (Estado del bienestar) en determinados países privilegiados del campo imperialista, hoy, en cambio, ha dejado de serlo... a menos que venga una ola imparable de revoluciones socialistas



en la periferia, que una nueva guerra mundial aniquile a millones de seres humanos y destruya buena parte de las fuerzas productivas existentes y, lo más improbable, que regresemos a un capitalismo de tipo nacional, no globalizado, cuyo centro sean los países occidentales.

¿Por qué? En primer lugar, porque fue la correlación de fuerzas entre las clases a nivel mundial la que, tras las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional, obligaba a la burguesía a efectuar concesiones y políticas preventivas en las metrópolis. En una reciente entrevista, Josep Fontana declaraba que

las clases dominantes han vivido siempre con fantasmas: los jacobinos, los carbonarios, los masones, los anarquistas, los comunistas. Temían unas fuerzas oscuras que medraban para un día cambiar el mundo y quitarles todo. [...] Con esos miedos los trabajadores obtenían de los gobiernos concesiones. [...] Hay un momento en que la amenaza de una revolución subversiva del comunismo ya no existe y los poderosos entienden que ya no tienen amenazas.

46

Justo entonces, explica Fontana, el poder entona el réquiem por la socialdemocracia. Repasemos las recientes palabras de James Petras, en su artículo «El estado de bienestar occidental: su aparición y la desaparición del bloque soviético»:

Los intelectuales occidentales de izquierda y liberales desempeñaron un papel fundamental en la confusión sobre el importante y positivo papel que el bienestar soviético había desempeñado presionando a los gobiernos capitalistas de Occidente para que siguieran su ejemplo. [...] Los intelectuales de izquierda «anti-estalinistas» jamás han realizado una reflexión rigurosa acerca del papel que han desempeñado en el derribo del Estado de bienestar colectivo, ni han asumido ninguna responsabilidad por la devastación de las consecuencias socioeconómicas tanto en el Este como en Occidente. [...] No pocos intelectuales «anti-estalinistas» de Inglaterra y Francia habrán brindado con champán con los generales, los banqueros y las élites del sector petrolero por la sangrienta invasión y devastación llevada a cabo por la OTAN en Libia, el único Estado de bienestar de África. Los intelectuales de izquierda «anti-estalinistas», ahora bien acomodados en cargos universitarios de privilegio en Londres, París, Nueva York y Los Ángeles, no se han visto afectados personalmente por el retroceso de los programas de bienestar occidentales. Se niegan categóricamente a reconocer el papel constructivo que los programas de bienestar

soviético rivales desempeñaron para obligar a Occidente a «mantener» una especie de «carrera de bienestar social» ofreciendo prestaciones a sus clases trabajadoras. [...] Dicho de otro modo, mientras que los intelectuales siguen alardeando de su victoria sobre el estalinismo, los trabajadores de carne y hueso que viven en el Este se entregan a una lucha militante cotidiana para mantener y recuperar los rasgos positivos del bienestar de esos Estados vilipendiados.

De este modo, ahora, una vez derribado el campo socialista, el capital ejecuta su contraofensiva...

2. El verdadero origen de la crisis económica

Actualmente, vivimos una crisis económica terrible. Pero, ¿qué es una crisis? ¿Algo extraño e inusual bajo el capitalismo? No. La propia historia demuestra que las crisis son inevitables y, es más, necesarias para el sano funcionamiento del capitalismo. Las crisis destruyen todas las actividades que no son lo bastante rentables para garantizar la supervivencia del sistema. El capitalismo promueve un darwinismo social en el que sólo las empresas más fuertes subsisten.

Retrocedamos unos años. Tras la II Guerra Mundial, había surgido una nueva etapa del capitalismo en la cual un puñado de grandes empresas controlaban la mayoría de las industrias. Siguiendo a Baran y Sweezy, las empresas del campo imperialista no competían hasta llegar a la mutua destrucción vía precios, sino que competían recortando gastos y esforzándose por maximizar las ventas. Pero esto ocultaba una tendencia al estancamiento, entendida no como una falta de crecimiento, sino como un desarrollo del capitalismo por debajo de su potencial. Por supuesto, en la llamada «época dorada», los países imperialistas pudieron superar esta situación a través de un gasto militar ilimitado.

De hecho, no fue el keynesianismo lo que recuperó la economía mundial tras la recesión, sino la Segunda Guerra Mundial. Sólo a través de la muerte violenta de millones de seres humanos se pudo alcanzar el pleno empleo. No fue el gasto estatal improductivo del *New Deal* el que reactivó la economía, sino un vigoroso proceso de acumulación de capital que traccionó al resto de la economía. Hablamos de un gigantesco aparato militar-industrial parasitando una demanda garantizada, con el posterior reclutamiento de 17 millones de hombres sólo

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

en EE UU, la incorporación masiva al mercado de trabajo de las mujeres y los negros, la limitación del derecho a huelga bajo el lema «ganar la guerra es producir más»...

En Europa, la situación también era enormemente particular: en Italia, el PCI salía de la Resistencia al fascismo como el partido más importante de Europa Occidental. Igual importancia, fortaleza y simpatía popular habían cosechado otros muchos Partidos Comunistas europeos, encabezando los Frentes Populares que liberaron a Europa del fascismo. Sin embargo, el revisionismo comenzó a imponerse en las filas de todos los partidos comunistas, a un ritmo particularmente acelerado tras el XX Congreso del PCUS (1956), y entonces vino el «Pacto Social», la renuncia de la izquierda política y sindical a la revolución, a tocar el poder político y a cuestionar la propiedad privada de los medios de producción.

La guerra, que había reactivado la economía, concluyó felizmente, y en los años 70 surgió el fenómeno de la *estanflación*: la producción se estancó pero los precios siguieron aumentando. Sin embargo, el capitalismo seguía necesitando que las ventas absorbieran el excedente de capital. Esto último, unido al proceso de internacionalización de los capitales y los flujos comerciales, motivó la financiarización, la explosión de las finanzas, que permitió nuevas salidas para el excedente, a pesar de no propulsar ningún crecimiento económico real.

Esto permitía al capitalismo prolongar su huida hacia adelante, pero el problema central seguía intrincado en la economía productiva misma. La superestructura financiera no podía expandirse completamente de forma independiente de la base de la economía productiva. La realidad es que el sistema sufre crisis de sobreproducción derivadas de la propia lógica de la competitividad y, así, las empresas no encuentran mercado para su producción. Para conservar sus tasas de ganancia, atacan los salarios de la clase trabajadora o despiden a una parte de la misma; es decir, que una parte de la fuerza de trabajo (recordemos, otro tipo de capital) no encuentra oportunidades para ser empleada y generar beneficios. A su vez, esto crea barreras para el consumo y para la subsiguiente inversión y el sistema tiende a generar

constantemente más excedente del que pueden absorber tanto el consumo como la inversión. Se produce, en resumen, una sobreproducción de capital que no encuentra inversiones rentables donde volcarse, generándose con ello excedentes de mercancías que no es posible vender: por ejemplo, podemos encontrar un enorme *stock* de mercancía-vivienda que no encuentra salida en el mercado y, por tanto, se acumula sin ser utilizado.

En el sistema financiero se volcaron los excedentes de la economía productiva que no encontraban salida en ninguna otra parte. Paralelamente, se promovió la privatización de las empresas públicas que producen bienes de primera necesidad (como energía, comunicaciones, agua, transportes) y que, por tanto, tienen una demanda cautiva. Más tarde, incluso se privatizaron servicios con financiación pública (como educación, sanidad y servicios sociales).

La paradójica combinación de caída de los salarios y crecimiento del consumo fue posible gracias a la expansión masiva del endeudamiento de los hogares a través de una enorme burbuja inmobiliaria. Pero los recursos puestos en funcionamiento por el capital financiero rara vez vuelven a la economía real o se destinan a inversiones productivas. El quid de la cuestión es que, aunque los capitalistas se hayan desplazado hacia las finanzas, lo han hecho en busca de una rentabilidad mayor que la ofrecida por la economía productiva, por lo que la causa última de la crisis se encuentra precisamente en la debilidad de dicha economía productiva a la hora de ofrecer oportunidades rentables de inversión. El «neoliberalismo» no es el problema: lo es el capitalismo en sí mismo. Mitigar el efecto negativo que el capital financiero ejerce sobre el capital productivo no solucionaría el problema, porque dicho problema, en última instancia, reside en la economía real y en su baja rentabilidad.

Estamos, pues, frente a una crisis estructural del propio capitalismo, y no únicamente de su versión desregulada. De hecho, para ser exactos, la versión desregulada (neoliberal) fue una huida desde la regulada (keynesiana), por lo que volver a aquello de lo que se huía (la caída de la tasa de ganancia) no solucionaría nada.



3. La explotación del Tercer Mundo

El proyecto del Estado del bienestar no puede separarse de su carácter imperialista, ya que las concesiones en las metrópolis del Primer Mundo están estrechamente ligadas a la sobreexplotación histórica de las neocolonias, al producirse una redistribución internacional de los salarios entre los explotados. A consecuencia de dicha redistribución, los trabajadores del Primer Mundo se han beneficiado objetivamente de la explotación de sus equivalentes en el Tercer Mundo.

En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin escribió:

El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de sojuzgamiento colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países "adelantados". El reparto de este botín se efectúa entre dos o tres potencias rapaces y armadas hasta los dientes que dominan el mundo y arrastran a su guerra, por el reparto de su botín, a todo el planeta.

Che Guevara, en un breve paréntesis de su fenomenal artículo «El socialismo y el hombre en Cuba», nos hizo reflexionar al respecto con las siguientes palabras:

Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país.

No era una reflexión baladí. Según los cálculos de Emilio José Chaves, cada año la periferia pierde un 22% de su producto bruto, que va a parar directamente a los países ricos del Norte (es decir, al 15% de la población mundial). Y la continuación de semejante negocio global depende de que las antiguas colonias no efectúen una segunda independencia (económica). Esto es algo que los países imperialistas han comprendido a la perfección: a lo largo y ancho del mundo, han financiado y organizado todo tipo de invasiones o golpes de Estado cada vez que un gobierno amenazaba con acometer un auténtico plan de desarrollo endógeno, tratando de construir una industria propia para no depender de las multinacionales y del capital extranjero.

Desde Chile hasta Venezuela, desde España hasta Argentina, desde Indonesia hasta Guatemala, desde Irán hasta Haití, desde Nicaragua hasta Colombia, podría seguir enumerando casos de lo que Santiago Alba Rico denomina «la pedagogía del millón de muertos». Hasta el punto de que no existe un solo caso en la historia en el que un gobierno haya actuado de manera lesiva para los intereses de las multinacionales, los banqueros y los oligarcas y no haya sido víctima de un golpe de Estado. Eso por no hablar de cuando invaden un país, como Iraq, Afganistán o Libia, para sencilla y llanamente robarle el petróleo o el gas.

Algunos de los mecanismos concretos de explotación del Tercer Mundo, siguiendo a Arcadi Oliveres, serían los siguientes:

- a) La fuga de capitales y los depósitos en bancos extranjeros. Buena parte de la industria de los países ricos se está «deslocalizando»; así, las multinacionales se extienden al Tercer Mundo y luego repatrian hacia las metrópolis los beneficios de sus negocios; además, las élites de estos países suelen también colocar su dinero en bancos europeos, que pueden así reinvertir esos capitales y extraer más beneficios.
- b) La deuda externa como aspiradora de capital. Por ejemplo, en el año 2000 la Ayuda Oficial al Desarrollo (en realidad préstamos con intereses y siempre condicionados a que el dinero se invierta en productos del norte) fue de 53.000 millones de dólares, mientras que el cobro de la deuda ascendió a... 330.000 millones. Así, no es de extrañar que la deuda externa haya pasado de 62.000 millones de dólares en 1970 a 2 billones de dólares, en el año 2000. Si el Tercer Mundo da seis veces más de lo que recibe, ¿cómo saldrá del subdesarrollo?
- c) A consecuencia de lo anterior, los países pobres se ven obligados a negociar préstamos del FMI. Aparte de los brutales tipos de interés, el FMI condiciona su dinero a la aceptación por parte del país receptor de un PAE (Plan de Ajuste Estructural). Éste consiste en liberalizar

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

la economía (en la práctica, privatizar los servicios públicos y entregárselos a las multinacionales extranjeras, como hizo catastróficamente la Argentina de Menem) y reducir la inflación (lo cual sólo puede hacerse reduciendo a su vez los salarios y las pensiones) y el déficit presupuestario (lo cual sólo puede hacerse disminuyendo las prestaciones sociales). A la vista de esto, cabe pensar que el Estado español está condenado a acabar siendo un país del Tercer Mundo, solicitando préstamo tras préstamo para pagar los intereses del préstamo anterior.

- d) Las patentes y los derechos de propiedad intelectual, que pueden durar entre 15 y 20 años. Una invención no puede ser utilizada sin pagar el debido impuesto al titular de la patente. Entre 1990 y 1995 se otorgaron 25.000 patentes biotecnológicas, y el 93% de ellas estaban domiciliadas en EE UU, Japón y la UE. Por tanto, que el sur acepte los derechos de propiedad intelectual equivale a establecer un impuesto general que ha de pagarle al norte. Por ejemplo, el tratamiento antirretroviral, que como genérico costaría 136 dólares al año por paciente, pasa a costar 10.000 dólares al año por paciente, gracias a las leyes de propiedad intelectual. Pero más determinantes aún son las patentes de la maquinaria y las nuevas tecnologías; impiden la consolidación de una industria propia en los países empobrecidos, que, así, no pueden ser competitivos a nivel internacional.

Como expuso Immanuel Wallerstein en *El capitalismo histórico*, la pauperización del proletariado mundial no es relativa, como repite el marxismo acomplejado, sino absoluta, siempre que dejemos de cometer el sempiterno vicio de calcular el nivel de vida atendiendo sólo a un 15% de la humanidad: la residente en los países privilegiados. Ya en 2005 (época en la que prácticamente nadie parecía cuestionar el llamado «Estado del bienestar»), Ernesto Martín (seudónimo en realidad de Vicente Sarasa, militante de la organización comunista Red Roja) exponía en su artículo «Por una comprensión crítica del 'modelo social europeo'»

que, si el nivel de vida de los países del centro no se calculara dividiendo el PNB únicamente por sus habitantes, sino que en el denominador ubiésemos a todos los habitantes de otros países que, de un modo u otro, han contribuido a su riqueza, las estadísticas de los países imperialistas no serían tan halagüeñas.

Además, sucede que, según el *Global Footprint Network* (California), el nivel de consumo por habitante en EE UU y Europa es imposible de generalizar a toda la población actual del planeta, ya que serían necesarios, respectivamente, 5.3 (para el nivel de consumo de EEUU) y 3 planetas Tierra (en el caso de la UE) para ello. Dado que el número de planetas Tierra de que disponemos es igual a uno, como escribió el filósofo Carlos Fernández Liria, los ministros de economía europeos —muy conscientes de ello— proponen

que nos encerremos en fortalezas, protegidos por vallas cada vez más altas, donde poder literalmente devorar el planeta sin que nadie nos moleste ni nos imite. Es nuestra solución final, un nuevo Auschwitz invertido en el que en lugar de encerrar a las víctimas, nos encerramos nosotros a salvo del arma de destrucción masiva más potente de la historia: el sistema económico internacional.

¿Las consecuencias? 1.500 millones de seres humanos sufren hambre y desnutrición. 24.000 personas (en su inmensa mayoría niños) mueren cada día de hambre o causas relacionadas con el hambre: uno cada 3.6 segundos. Sin embargo, según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), el planeta tiene recursos de sobra para abastecer a toda su población. Así pues, ¿cuáles son los logros del sistema capitalista?

Sí conocemos en cambio los logros del socialismo: según el mismo estudio del *Global Footprint Network*, los países norteamericanos o europeos tienen un Índice de Desarrollo Humano aceptable, pero su Huella Ecológica es insostenible. Por su parte, los países africanos y latinoamericanos consumen una cantidad sostenible de recursos, pero suspenden en desarrollo humano. Siguiendo los parámetros de Naciones Unidas (organización poco sospechosa de filo-marxismo), sólo existe un país en el mundo sostenible y a la vez desarrollado: Cuba. Así pues, el único modelo económico que cabe



defender sin estar defendiendo privilegios es el socialismo cubano (que, desde luego, habría cosechado más éxitos de no ser por la lacra asfixiante del criminal bloqueo norteamericano).

La complicidad histórica de la socialdemocracia con el colonialismo y el imperialismo no ha tenido fisuras, desde que diera inicio con la defensa por parte de los Partidos Socialistas de sus respectivos chovinismos bélicos durante la Primera Guerra Mundial. Por ello, la socialdemocracia no puede verse como un «mínimo común denominador» asumible «aunque haya que ir más allá», ni es un programa de mínimos para la actualidad. El problema del programa socialdemócrata no es que no llegue lo suficientemente lejos, sino que va en una dirección diametralmente opuesta a la dirección que la clase trabajadora (que, en tanto clase, recordemos, tiene un carácter internacional) necesita. Porque, como hemos analizado, incluso si este modelo fuera sostenible (el análisis de la huella ecológica demuestra que no), sólo beneficiaría a una pequeña parte de la población mundial, al precio de reforzar la miseria y la opresión del resto.

50

4. Falacias teóricas del keynesianismo

Volvamos al terreno de la teoría y analicemos algunas nociones de Keynes. La tesis que vamos a sostener aquí es que, sencillamente, la intervención estatal no puede hacer nada frente a un problema de rentabilidad que va íntimamente ligado a las tendencias estructurales de acumulación y sobreacumulación de capital. El plustrabajo que se extrae a los trabajadores no basta para rentabilizar un volumen de capital que crece más rápidamente que la posibilidad de obtener ganancias, debido al progreso técnico que ahorra trabajo vivo (fuente, recordemos, del plusvalor). Las crisis no pueden evitarse ni con políticas monetarias ni con políticas fiscales.

El gasto público a través de inversiones directas del Estado no tiene los efectos milagrosos que le atribuye el keynesianismo. Como explica Diego Guerrero, dicho gasto proviene de los ingresos detraídos a través del impuesto sobre salarios y beneficios, pero son consumidos de manera improductiva y perdidos para la acumulación de capital, que es la única que genera plusvalor para las empresas.

Por otro lado, también es ilusorio decir que el subsidio de desempleo, al crear demanda, favorece la salida de la crisis. Para empezar, si el subsidio es de 2.000 millones anuales, como los subsidios son por definición menores que los salarios que reemplazan, la demanda de consumo siempre será también menor que la que creaban los salarios de los empleados. Además, al reducir la presión a la baja del ejército de parados sobre los salarios, se dificulta la recuperación de la rentabilidad empresarial, pues, obviamente, las empresas obtienen mayor rentabilidad cuanto menores sean los salarios.

A corto plazo, el déficit fiscal crea demanda; pero, a medio y largo plazo, ese déficit tiene que ser cubierto con ingresos fiscales (impuestos) sobre las plusvalías y los salarios, lo que vuelve a deprimir la demanda, desincentiva la inversión y expulsa al capital a otras áreas.

En general, si un gobierno, mediante el incremento del gasto público, inyecta liquidez en la economía, las empresas, los bancos y los capitalistas individuales pueden decidir guardar las ganancias que obtienen a partir de esa liquidez, por no ver perspectivas de inversión. En ese caso, la economía, lejos de reactivarse, se deprimiría aún más y la deuda pública se incrementaría. Es más: al decrecer (o, quizá, deslocalizarse) las ganancias, lo recaudado sobre ellas a través de impuestos también decrecería, por lo que se contaría con aún menos dinero para financiar la sanidad y la educación.

El llamado «Estado del bienestar» fue posible en el contexto de una economía en expansión; pero, bajo el capitalismo, aumentar la inversión pública cuando la inversión privada se encuentra estancada es como empujar un coche con el freno de mano puesto, o como darle un poco de droga a un paciente crítico arguyendo que eso le permitirá salir de su infierno.

En el actual contexto, al no haber crecimiento, un aumento del gasto público podría incrementar la deuda. Además, las burguesías nacionales del Estado español, Grecia, Portugal y otros países europeos, con la idea de que las economías periféricas sólo pueden crecer gracias a la competitividad en las exportaciones, no tienen el menor interés en recurrir a estímulos económicos.

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

Keynes no comprendía por qué el capitalismo sufre crisis periódicas. A riesgo de simplificar, podemos decir que, para su teoría, el mecanismo capitalista es sano, sólo que se ve viciado por el acaparamiento o la especulación. La realidad es que el objetivo de los capitalistas es aumentar sus beneficios y la acumulación, a fin de ganar más en el futuro. Por ello, tenderán a aumentar la proporción que dedican a la inversión; si no lo hacen por iniciativa propia, la competencia les obligará a hacerlo.

Esto, inevitablemente, causará una disminución de los medios dedicados al consumo, mientras que las capacidades de producción van en aumento constante. Y es que la sobreproducción, bajo el sistema capitalista, es inevitable. En conclusión, las políticas keynesianas sólo serían una solución a corto plazo, para ganar algo de tiempo; pero, a largo plazo, agravarían el problema inicial al incrementar el endeudamiento.

El estancamiento económico de Japón desde principios de los años noventa demuestra que las políticas de estímulo económico pueden ser completamente ineficaces. Si los capitalistas no ven condiciones favorables para invertir, los efectos multiplicadores previstos por Keynes no funcionan.

5. Una crisis de ida y vuelta

Como hemos visto, las políticas keynesianas se agotaron entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, al no ser capaces de garantizar una tasa de ganancia suficiente para asegurar la acumulación de capital. La crisis actual es en realidad la crisis de las soluciones para evitar la crisis de sobreproducción. Dichas soluciones fueron, primero, la intervención del Estado sobre la economía (keynesianismo) y, segundo, la internacionalización del capital a escala planetaria, la liberalización financiera y la creación de complejos sistemas de deuda (neoliberalismo).

Por ello, son irreales tanto la actual insistencia en aplicar las mismas tesis y medidas en que se basa el modelo que se está derrumbando, como la propuesta de volver a un «idílico» pasado keynesiano, que en parte nunca existió y en parte ya fracasó. Digámoslo de un modo provocativo: no defiendo el Estado del bienestar

porque no estoy a favor de la explotación del Tercer Mundo; no apuesto por el Estado del bienestar como modelo de salida de la crisis porque no deseo una guerra mundial que mate a 50 millones de personas.

Estoy, eso sí, a favor de defender todas las conquistas de la clase trabajadora, tanto en el centro como en la periferia, sin por ello defender el proyecto imperialista como hizo siempre la socialdemocracia. Una cosa es defender con uñas y dientes las reformas logradas (cosa en la que tanto los autores de *Hay alternativas* como yo estamos de acuerdo) y otra muy diferente aceptar, como paquete, como proyecto, eso que vino a llamarse *Welfare State* y que sólo fue posible sobre la base de lanzar hacia los países subdesarrollados una crisis boomerang que, como ilustra otro artículo más reciente firmado también por Ernesto Martín, «La crisis boomerang (esquema de una explicación)», ahora, inevitablemente, regresa hacia las metrópolis.

El boomerang, explica este autor, salió para exportar la crisis de los años 70 a la periferia, a través de mecanismos como la deuda externa. Como ya hemos apuntado, se produjo una transferencia de riqueza de la periferia al centro a cambio de simple papel-deuda, emitido por los organismos financieros internacionales imperialistas. La llamada «clase media» en los países centrales no sólo fue financiada a través de una sobre-explotación neocolonial por parte de las multinacionales, sino también mediante una ingente transferencia de intereses a los depósitos de la banca occidental. Naturalmente, todo esto provocó una auténtica ruina en la periferia.

Y es que la raíz de toda crisis financiera proviene de la necesidad (imposibilidad) de seguir acumulándose capital, cosa que sólo puede solucionarse intensificando la explotación del trabajo humano (fuente, insistamos, de todo beneficio real). Hasta ahora, estos efectos se habían retrasado en ciertas zonas mediante una división internacional de la explotación, esto es, fracturando a la clase trabajadora como describió Franz Fanon, o creando una aristocracia obrera en los países imperialistas a costa del subproletariado de la periferia.

Ahora, como vemos, se ha hecho preciso intervenir en el propio «Primer Mundo», por medio de agresivas reformas laborales que ejemplifican



lo pura y dura que siguió siendo la implacable ley del capitalismo en las regiones neocolonizadas, aunque algunos intelectuales bien pensantes del centro trataran de enterrar esta pesadilla.

III. CRÍTICA A LOS LIBROS DE NAVARRO, TORRES Y GARZÓN

1. ¿De verdad «hay alternativas»?

El keynesianismo es la doctrina común a Zapatero, a IU, a CC OO y UGT y a ciertos sectores del 15 M. Todos ellos, con matices, ofrecen una misma explicación a la crisis que padecemos: se debe a la codicia de los especuladores y de la banca, a causa de una insuficiente regulación. *Hay alternativas*, un libro de moda que ya cuenta con más de diez ediciones, expone una alternativa para «salvar» el capitalismo que (insistamos) aparte de irrealizable, es también reaccionaria, ya que implica salir en apoyo de un sistema en bancarota.

Lo primero que llama la atención es que los autores de esta obra no reconocen el carácter de clase del Estado. En consecuencia, todo lo quieren «democratizar»: la UE, el BM, el FMI, la ONU (pág. 209). Aunque no la citen, probablemente también deseen democratizar la OTAN, porque no ven la esencia burguesa, al servicio del capital, de todas estas instituciones (esencia que, para ellos, desaparecerá con un par de cambios formales).

Hablan, literalmente, de regular la banca privada para que sea «ética» (pág. 149). Es decir que, ante la catástrofe que padecemos, nuestros autores no plantean abolir la banca privada, sino simplemente reconstruir un sector público funcional a la acumulación privada de capital. Por supuesto, aspiran a que Europa retome la senda del crecimiento (pág. 179), a pesar de que, como les contestó Carlos Taibo, «*el crecimiento sólo puede llevar al colapso económico, social y ecológico*», por tener bases extractivistas y consumistas de crecimiento exponencial (imposible, como hemos visto, a causa de los límites ecológicos del planeta).

Hay alternativas plantea abiertamente también una nueva economía en la que colaboren la inversión privada y la banca

pública, pidiendo sin complejos un «pacto capital-trabajo» (pág. 177), defendiendo la colaboración entre clases y obviando que, paradójicamente, las reformas no se consiguen siendo reformistas, sino siendo revolucionarios, ya que, como la propia historia demuestra, la burguesía no está dispuesta a conceder nada por acuerdo y de buen grado.

Así pues, el trío aspira a resolver la crisis a través de medidas políticas, pero, eso sí, sin tocar las relaciones sociales capitalistas ni la propiedad privada de los medios de producción. Y, naturalmente, el sujeto político que ha de generar el cambio no es para ellos la clase trabajadora, sino la «ciudadanía» (pág. 15). Por ello, no sorprende que el trío se lamente de que los «emprendedores» no encuentren crédito (pág. 68), ya que, como dicen con ingenuidad, «la búsqueda de beneficio debe hacerse compatible con la justicia social y el interés colectivo» (pág. 99).

En un alarde sin precedentes, el trío nos informa de que su programa no sólo beneficia a los trabajadores, sino también a la patronal (pág. 137), sólo que ésta no lo comprende a causa de su «ceguera» neoliberal (pág. 123). Así pues, con un utopismo mucho mayor que el de cualquier comunista o incluso que el del más radical anarquista, este trío de expertos en economía nos explica que la patronal aceptaría sin problemas una subida de impuestos al capital (pág. 178). ¿De verdad? Más adelante (IV.2) analizaremos qué harían en realidad los empresarios en dicha situación.

2. ¿De verdad «España» lo necesita?

Lo que España necesita, segunda obra conjunta del trío, nos devuelve a idénticos problemas. Tanto *Lo que España necesita* como *Hay alternativas* cometen, a mi juicio, terribles errores que no tengo espacio para continuar glosando aquí. Me limitaré, pues, a trazar una panorámica global de los más destacados: en primer lugar, leyéndolos, parece como si lo natural en el capitalismo fuera lo vivido en los países centrales durante tres décadas aisladas del siglo XX, y lo que vivimos ahora una extraña desviación. La cosa es más bien al revés y el capitalismo tiene una historia ligeramente más amplia (cronológica y geográficamente).

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

Además, se insiste una y otra vez en que las PYMES generan el 80% del empleo. Es cierto que el tejido productivo del Estado español se caracteriza por el pequeño tamaño de sus unidades productivas, pero la categoría de PYME es engañosa y la estadística, una clara manipulación, ya que la Comisión Europea define «mediana empresa» como aquella que tiene menos de 250 trabajadores y factura menos de 50 millones de euros anuales. No sólo se da la circunstancia de que muchas supuestas PYMES son en realidad parte de grandes empresas, que subcontratan o externalizan servicios para que la empresa matriz pague menos impuestos. Sino que, además, una empresa con 200 trabajadores empleados o que factura 40 millones de euros («PYME», para estos autores) es, obviamente, una empresa de la alta burguesía y jamás debería meterse en el mismo saco que los autónomos o «falsos autónomos» (proletarios, en realidad, sólo que con aún menos derechos). No podemos pensar que un empresario que explota a 200 trabajadores es un «capitalista bueno» o un «empresario» al que debemos defender y, lo que es peor, financiar.

Estos autores hablan como si el problema no fuera la existencia de la banca privada en sí misma, sino el hecho de que no financie a los «empresarios»; como si el problema no fuera competir sino «la forma» de competir y, de hecho, como si el Estado español debiera mejorar su posición y su competitividad dentro del mercado mundial (a costa, cabe pensar, de otros países que pierdan posiciones en dicha competición). También hablan como si durante la época del keynesianismo no muriera nadie de hambre en los países subdesarrollados; como si hubiera que incrementar la supuesta «cooperación al desarrollo» (en lugar de dejar de saquearlos); como si EE UU, efectivamente, tuviera multinacionales explotando al Tercer Mundo, pero no así su querida Suecia, supuestamente keynesiana. Hablan como si el sistema funcionase mal y hubiese que sustituir algunas piezas, cuando, en realidad, esta maquinaria funciona a la perfección, pero fabrica lo que fabrica. Y, sorprendentemente, a pesar de su insistencia en estimular el consumo, luego critican, en flagrante incoherencia, el consumismo.

Navarro, Torres y Garzón distinguen constantemente entre los capitalistas buenos (los que invierten, los industriales, los éticos) y capitalistas malos (los especuladores, los administradores codiciosos, los inmorales). Como Keynes, el trío quiere favorecer al capitalismo industrial, frente al capital financiero. Con ello, estos expertos ignoran una evidencia económica elemental: las finanzas y la especulación no se desarrollan aparte del capitalismo «normal», sino para satisfacer necesidades del sistema en un momento determinado. Superficialmente, la crisis estalló en la esfera más especulativa, pero la especulación tenía una función dentro del sistema: garantizar los préstamos a los hogares y las empresas para que prosiguiera el consumo. Como escribió Marx,

lo que al observador superficial le parece ser la causa de la crisis no es la sobreproducción, sino el exceso de especulación. Sin embargo, este exceso no es más que un síntoma de la sobreproducción.

Ya hemos adelantado que la crisis es producto de dos tendencias simultáneas: la tendencia al aumento relativo de lo invertido en maquinaria con respecto a lo invertido en trabajo asalariado, y la tendencia a invertir en lugar de consumir. La primera tendencia provocó una caída de las rentas salariales, pero existen contratendencias porque las circunstancias pueden ser modificadas por la lucha de clases: tras la Segunda Guerra Mundial, dadas las circunstancias excepcionales, la burguesía generalizó en ciertos países un sistema de seguridad social y de «salario indirecto» muy avanzado, aunque existente en la Alemania de Bismark desde finales del siglo XIX. La segunda tendencia es más difícil de regular. Pero, a la larga, ambas tendencias tienden a manifestarse una y otra vez, ya que la anarquía capitalista, la búsqueda de beneficio individual para *cada* negocio, hace que las crisis periódicas sean inevitables para el capitalismo. La crisis no es consecuencia de la adopción de recetas neoliberales, sino todo lo contrario: el neoliberalismo es un golpe de timón de la clase dominante como consecuencia de una crisis que el keynesianismo sólo retrasó pero que no pudo (ni podrá nunca) evitar.



3. La ambigüedad de estos libros con respecto al PSOE

Sobre todo, los autores incurren en un error absolutamente imperdonable: incluir al PSOE dentro de la izquierda (pág. 206 de *Hay alternativas*), olvidando aquello que escribiera Anguita en su artículo «Las lentejas de Esaú»:

Se piensa que existe una derecha esencial y otros agentes políticos innominados que pueden hacer políticas de derechas, aunque no lo sean. Se olvida con notoria e interesada ofuscación que con el tiempo el hacer determina, configura y clasifica al ser.

De hecho, observamos en ambos libros cierta complacencia para con el PSOE que nos llama mucho la atención. Y no sólo en ellos. Aquí debe mencionarse el declarado apoyo de Navarro al tripartito catalán (véase su artículo «En general, el tripartito catalán lo ha hecho bien»), o su ambigüedad en relación al PSOE, cuyo declive, al parecer, «sería negativo para el país», o eso decía el autor en su artículo «¿Es el gobierno de Zapatero socialdemócrata?». Por otro lado, ¿debe parecernos saludable que Navarro haya trabajado como asesor para la Casa Blanca, a instancias de la genocida Hillary Clinton? Juan Torres, por su parte, anda empeñado en llamar sectario a todo aquel que no esté de acuerdo con su idea de una «Izquierda Abierta» hacia el PSOE, e incluso a todo aquel que no defienda el pacto de gobierno PSOE-IU en el parlamento andaluz.

Visto lo visto, no es de extrañar que, por ejemplo, critiquen el copago sanitario «del PP» (*Lo que España necesita*, pág. 70) olvidando que la Ley 15/97 (que permite la entrada masiva de empresas privadas en la gestión de la sanidad pública) fue aprobada conjuntamente por PSOE y PP. Igualmente, tampoco extraña lo que sucede en la página 68 de ese mismo libro. Primero alaban la subida del Salario Mínimo por Zapatero. En el siguiente párrafo, critican al PP porque, aunque había concedido ventajas fiscales a las familias, había permitido una subida de precios mayor, que dejaba la anterior medida sin efectos reales. Por desgracia, el problema es evidente para cualquier lector: ¿por qué, en el párrafo inmediatamente anterior, no se le aplicaba el mismo rasero a Zapatero? La respuesta es fácil: porque, entonces, se habría llegado a la conclusión de que el Salario Mínimo

no subió, sino que bajó en términos reales, si se tiene en cuenta el IPC (y curiosamente, Alberto Garzón ha escrito interesantes artículos en solitario donde sí desarrolla esta idea... Mayor contradicción, dicho sea de paso, encontramos en Juan Torres, que cuenta con escritos cibernéticos en los que renuncia parcialmente a Keynes, abrazando el «poskeynesianismo», que, a la luz de estos libros, más bien debería llamarse «neokeynesianismo»).

Tampoco es de extrañar que, en la primera edición de la última obra conjunta de Vicenç Navarro y Juan Torres, *Los amos del mundo*, se diga que Zapatero «retiró las tropas de Afganistán» (pág. 18), en una errata verdaderamente freudiana. Más allá de la anécdota, encontramos una verdadera incompreensión del papel histórico del PSOE, al menos desde el Congreso de Suresnes (1974). Ya decía Marx en el *18 Brumario de Luis Bonaparte* que, bajo el capitalismo, la forma perfecta de dominación no es la dictadura autoritaria, sino la república democrática. A esto podríamos agregar que el bipartidismo, establecido en el Estado español ya en el siglo XIX por Cánovas y Sagasta, es un método perfecto para generar apariencia de diversidad.

Otro ejemplo paradigmático es la supuesta oposición entre «republicanos» y «demócratas» en EE UU. De igual modo que tras Aznar vino Zapatero en el Estado español, tras Bush vino Obama en los Estados Unidos. Un lavado de cara necesario para reciclar el sistema y superar la mala imagen generada por el «poli malo», tranquilizando a los «progres de la ceja» para que, finalmente, todo siga igual.

Hay que superar el mito de que debemos «apoyar al PSOE para que no gobierne el PP». En ese caso, pensará la gente, ¿para qué votar a la copia, si puedo votar al original? Caso parecido es el de la llamada «Cumbre Social» liderada por CC OO y UGT, que no oculta su voluntad de buscar una suerte de «unidad contra el PP» que no cierra las puertas al propio PSOE y que, en consecuencia, no habla del tema de la deuda, sino de la vuelta a la «Europa Social» y de los «aspectos progresistas» de la Constitución Española.

Pensemos en Latinoamérica, la vanguardia antiimperialista del mundo. ¿Acaso Hugo Chávez, al asaltar los cielos en Venezuela, optó

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

por apoyar al partido «progresista» Acción Democrática para «ni por activa ni por pasiva» (por usar la expresión de Valderas y Cayo Lara) dejar gobernar al neoliberal COPEI? ¿No hizo más bien otra cosa: ignorar esa trampa bipartidista y crear una tercera opción totalmente al margen de la falsa alternancia? En el Estado español, nos costó mucho tiempo y esfuerzo conseguir que la gente comprendiera que, como dice ese célebre cántico de todas las manifestaciones, «PSOE y PP la misma mierda es». Diego Valderas lo destruyó en unas semanas.

Es hora de cambiar los términos del debate. No parece posible que gentes que se llaman a sí mismas «comunistas» nos digan que en Andalucía se ha «frenado al neoliberalismo» o se ha hecho un «pacto de progreso» y «de izquierdas». La realidad es que IU acaba de constituir, junto al PSOE, un gobierno que va camino de ejecutar los recortes sociales más drásticos de la historia del país andaluz. Nada incoherente, por otro lado, con lo que viene siendo la orientación política del PSOE desde los primeros tiempos de Felipe González hasta la actualidad.

IV. CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LA INCONSECUENCIA TEÓRICA

1. Negación de la necesidad de asaltar el poder político

Como hemos visto, al término de la Segunda Guerra Mundial la burguesía había efectuado determinadas concesiones. Pero la presente ruptura del llamado «pacto capital-trabajo» sólo demuestra que el poder continuaba en sus manos y que sólo nos libraremos de la amenaza de catástrofe permanente si acabamos con ese poder.

El capitalismo es un cáncer, y los keynesianos sólo pretenden extirpar el quiste, sin eliminar las células que reproducen el cáncer. Repasemos el funcionamiento de la maquinaria. Un empresario cualquiera invierte, vuelca una cantidad de capital con la intención de valorizarlo y genera, así, un beneficio. Con ese beneficio invierte de nuevo y se produce una reproducción ampliada de su capital. Con ello, en una dinámica que

puede implicar a varias generaciones, se produce una acumulación y una concentración progresivas. Y así, desde que el primer hombre cercó un trozo de tierra, hasta el surgimiento de la Bolsa, la banca o las grandes corporaciones multinacionales, no asistimos sino a un mero despliegue de las potencialidades de la propiedad capitalista. Basta tirar del hilo de la propiedad privada de los medios de producción para desembocar en las enormes bolsas de pobreza de los países subdesarrollados.

No podemos confundir gobierno con Estado, y menos cuando, durante cierto periodo, pueden existir gobiernos que, dentro de un Estado capitalista, planteen límites a ese proceso de acumulación de capital; incluso pueden vivirse situaciones de «doble poder». Sin embargo, a la larga, si no se le arrebatara el poder del Estado, la burguesía vencerá. Como nos recordó Althusser, los medios de comunicación también son aparatos (ideológicos) del Estado, de modo que, controlando todos los medios de comunicación (que en su mayoría también son empresas, o bien dependen de la financiación por medio de una publicidad que, cómo no, pagan las empresas), la propiedad privada garantiza su hegemonía ideológica y, hablando en plata, la victoria electoral de candidaturas políticas a su servicio.

He aquí que los propietarios, al practicar una dictadura económica y, en consecuencia, una dictadura ideológica, pueden permitir así cierta democracia política formal. De todos modos, pocos votarán contra ellos (aunque, como ya vimos, si los mecanismos de manipulación mediática fallan -si los proletarios se dan cuenta de que su pobreza es la consecuencia directa e inevitable de la riqueza del propietario- siempre pueden recurrir al pinochetazo, al golpe de Estado militar, como demuestra toda la experiencia histórica del siglo XX).

Por eso, el comunismo no dice lo que dice porque quiera «ser más radical», o por originalidad o pureza ideológicas, sino porque sólo un mundo en el que la banca y los sectores estratégicos de la economía sean públicos (y no privados) será un mundo en el que se podrá dar satisfacción a las necesidades básicas para que, de ese modo, las mayorías sociales tengan alguna posibilidad de vivir dignamente.



2. Reforma en lugar de revolución

Ya adelantamos que, según Navarro, Torres y Garzón, a la patronal tampoco le interesa la reforma laboral, sólo que no es consciente de sus intereses (también keynesianos). La realidad: al capital sí le interesa el paro y el cierre de empresas. La burguesía no es estúpida, sino que es plenamente consciente de sus intereses.

Recordemos algunos conceptos clave: los socialdemócratas defienden que existe una «salida de izquierdas a la crisis» actual, sin romper con el sistema. Los marxistas, en cambio, consideran dos cosas: 1) que la crisis es inherente al sistema, pues la tasa de ganancia tiende a decrecer ya que, dada la progresiva mecanización del trabajo que impone la competencia, el desempleo aumenta y, por tanto, el consumo disminuye, de modo que las cosas no pueden venderse a un precio que genere beneficios; y 2) que la crisis no es un problema, sino una solución para el sistema, pues reinicia el ciclo de acumulación tras un estancamiento, permitiendo además que los grandes monopolios se impongan a la competencia de otras empresas menores, al incrementar enormemente su producción para incrementar así la masa de ganancia, aunque disminuya la tasa.

56

Así, para el marxismo no hay una «salida de izquierdas» a la crisis o, para ser exactos, la única salida a la crisis es salir del capitalismo, ya que la socialdemocracia es sencillamente una utopía irrealizable. Paradójica realidad: los reformistas son utópicos y los revolucionarios, pragmáticos. Otra paradoja: la posición revolucionaria constata que los neoliberales tienen razón: hoy día, con un capitalismo globalizado, desmanteladas las barreras arancelarias, la enorme oferta de mano de obra hace disminuir su precio (es decir, su salario), con lo cual cae la demanda y viene la crisis, que destruye fuerzas productivas y hace crecer el paro.

Ya vimos (III.1) que la socialdemocracia quiere solucionar esto con medidas como aumentar los salarios para reactivar el consumo. Soy partidario de aumentar los salarios, a base de huelgas salvajes preferiblemente; de lo que no soy partidario es de engañar a la gente. Navarro, Torres y Garzón sostienen que la patronal toleraría este cambio (incluso dicen que, en realidad, le conviene). ¿Seguro? La economista Miren Etxezarreta, por ejemplo, ha ilustrado

cómo la movilidad del capital hace que la socialdemocracia se vea totalmente impotente. Si un gobierno incrementa los impuestos directos o decreta una reforma laboral beneficiosa para la clase obrera, las empresas, simplemente, se deslocalizan y se van a otro país donde encuentren condiciones más ventajosas. No hay que olvidar que el propio José Luis Rodríguez Zapatero quiso aplicar recetas socialdemócratas, con el Plan E por ejemplo, hasta que fue amenazado por los poderes fácticos y comenzó a hacer políticas netamente neoliberales.

Como ya hemos analizado, la socialdemocracia es imposible y sólo fue posible porque existía una correlación de fuerzas (y no a nivel nacional o estatal, sino internacional) que ya no existe. Aunque fuera posible, ¿sería el objetivo? No. Pero obviamente (insistamos en esta dialéctica) no hay que renunciar a las reformas, sino defender nuestro nivel de vida. En *Reforma o revolución*, Rosa Luxemburgo no niega la necesidad de luchar por reformas, sino que habla de ellas como medios para llegar a un fin, que sería el socialismo y del que Bernstein había renegado.

Algo que deben comprender los teóricos del «socialismo del siglo XXI» (que, por desgracia, se parece más bien a la socialdemocracia del XX), es que los socialdemócratas ni son socialistas ni son demócratas. No son demócratas porque, como expone Lenin en *La revolución proletaria y el renegado Kaustky*, el capitalismo es incompatible con la democracia, pues bajo el capitalismo una minoría de personas, no elegidas por nadie, toman decisiones cruciales para toda la sociedad (como qué producir, cómo hacerlo, dónde, etc.) y, además, lo hacen empleando como criterio su ganancia y acumulación, en lugar de la satisfacción de las necesidades sociales. Y no son en absoluto socialistas; de hecho, Keynes diseñó su modelo como un medio para salvar al sistema capitalista en una época de revoluciones socialistas y no -de ningún modo- como un instrumento para combatirlo. Keynes pertenecía a la derecha británica: el Partido Liberal. Rechazó la participación en el Partido Laborista de la siguiente manera:

Se trata de un partido de clase, y la clase no es mi clase. [...] La lucha de clases me encontrará siempre del lado de la burguesía educada.

No hay alternativas (otro capitalismo es imposible)

Por si pudiera quedar alguna duda, tras su visita a la URSS en 1925 declaró públicamente que no podía aceptar un credo que

exalta al proletariado grosero por encima de la burguesía y la intelectualidad que, sean cuales sean sus defectos, representa la calidad de vida y la semilla de todo progreso humano.

Los socialdemócratas no han aprendido absolutamente nada de la historia, ya que el actual desmantelamiento del llamado Estado de bienestar nos demuestra que el capitalismo no puede domesticarse, que — como ya adelantamos — su lógica expansiva lo convierte en un cáncer y que, si sobrevive una sola célula, se reproduce devorándolo todo. Por otro lado, Jacques Gouverneur ha demostrado que la reactivación del crecimiento y del consumo no resolvería ni el problema del paro, ni el problema ecológico, ni el problema del subdesarrollo del Tercer Mundo.

V. CONCLUSIONES

El socialdemócrata acepta la falacia del Estado como árbitro neutral «por encima de las clases» y cultiva, en consecuencia, una ideología que rechaza la violencia «terrorista» del oprimido, a la vez que justifica el monopolio de la violencia por parte del Estado, sus armas y sus fuerzas policiales (aunque, en su ignorancia, más de un «anti-violento» diga reivindicar la figura Ernesto «Che» Guevara). Todo esto es así porque el socialdemócrata carece de estrategia de poder: únicamente aspira a gestionar unas instituciones gubernamentales cada vez más alejadas del poder fáctico, desde las escasas cuotas que pueda conseguir en las elecciones. Eso por no hablar de la corrupción de las burocracias sindicales, a partir de su financiación por parte de los Presupuestos Generales del Estado y de la propia patronal, para acallar la inevitable respuesta de los explotados.

Por eso yo digo: *hay alternativas*, sí, pero siempre que rompamos con el capitalismo. Dentro de él, y debemos decirlo bien claro, no hay alternativas. O recortan, o perecen en la competencia con sus rivales empresariales. Lo

que *el Estado español necesita* no es una política «anti-cíclica» de estímulo keynesiano, sino una revolución proletaria que colectivice los medios de producción y la banca, además de sacarnos de la UE y el euro y de negarse a pagar una deuda ilegítima, para iniciar desde cero la edificación de una sociedad socialista.

Pese al mito de la moderación, y como dijo Jose Carlos Mariátegui,

los arbitrajes, las conciliaciones sólo se actúan en la historia, y a condición de que las partes se combatan con copioso y extremo alegato.

¿Dónde están los supuestos logros de la moderación? Treinta años de «Pacto Social», de moderación política y sindical no han hecho otra cosa que mermar nuestros derechos hasta llegar a la situación actual. El marco de relaciones laborales más avanzado fue conquistado durante la llamada «transición» por una izquierda radicalizada y volcada en la calle; aunque, por desgracia, para ello fueron necesarios más de cien muertos. Desde entonces, no hemos hecho más que perder.

Lenin pensaba con mucha razón que, si siembras estrategia revolucionaria, al menos obtendrás y consolidarás reformas, pero que, en cambio, si eres reformista, las perderás definitivamente. No en vano, a despecho de los profesionales de la falsificación, es prácticamente imposible ocultar que fueron los revolucionarios quienes arrancaron, a sangre y fuego, cada conquista social de la historia, aunque más tarde los reformistas se colgaran las medallas para salir en la foto.

Y, desde luego, está claro que la revolución (y, con ella, todas las reformas que su amenaza puede arrancar) es una cuestión de fuerza. No fue agitando las manos vacías al aire como Che Guevara, Mao, Ho Chi Minh o los bolcheviques hicieron la revolución. Es hora de volver a reflexionar sobre las palabras de Angelina Grimké, sufragista y abolicionista norteamericana; esas crudas palabras que, con pasión y esperanza, nos recordaban que «*una guerra temporal es un mal incomparablemente menor que la esclavitud permanente*».